

FLANEAR Y SOÑAR CON LO AZUL. ACTITUD
BOHEMIA DE MANUEL PASO CANO
[GRANADA, 1864-MADRID, 1901] Y SU
REFLEJO EN LA DESCONOCIDA PROSA
DEL POETA

Wanderin and Dreaming of the Blue. Manuel Paso
Cano's [Granada, 1864 - Madrid, 1901] Bohemian
Attitude and its Reflection in the Unknown Poet's
Prose

JUANA MURILLO RUBIO

Universidad Complutense de Madrid

juamuril@ucm.es

ORCID: 0000-0002-7683-0313

Recibido: 30-4-2024

Aceptado: 5-7-2024

DOI: 10.51743/cilh.vi50.485

RESUMEN

La figura de Manuel Paso Cano [Granada, 1864-Madrid, 1901] ha sido objeto de estudio junto a una generación de intelectuales que tuvo la bohemia como inspiración y forma de vida. Representó al poeta maldito, tal como se recoge en los desconocidos relatos periodísticos que mencionamos en el presente artículo, gracias a una obra inacabada que recibió afortunadas críticas con la promesa del éxito literario.

PALABRAS CLAVE: Bohemia; poesía; finisecular; decadente; relato.

ABSTRACT

The figure of Manuel Paso Cano [Granada, 1864-Madrid, 1901] has been the object of study along with a generation of intellectuals who had bohemia as their inspiration and way of life. He represented the cursed poet, as recorded in the unknown journalistic accounts mentioned in this article, thanks to an unfinished work that received fortunate reviews with the promise of literary success.

KEY WORDS: Decadent; Poetry; Bohemia; Story; End of the Century.

INTRODUCCIÓN

EL PRESENTE ARTÍCULO aborda la figura bohemia del escritor granadino Manuel Paso Cano (Granada, 1864 - Madrid, 1901), en palabras de sus contemporáneos, así como su recepción en la crítica posterior. Si bien, esta concepción del poeta maldito ha sido suficientemente citada con respecto a la persona del Manuel Paso y su poesía, en cambio, no ha sido vista en los textos en prosa del también periodista, hasta el momento obviados por la crítica. El periplo literario de este bagaje intelectual completa una figura poco estudiada hasta la dedicación de nuestra tesis doctoral en 2013, *La poesía de Manuel Paso Cano [Granada, 1886- Madrid, 1901]*¹, y nunca trabajada en cuanto a su producción prosística, entre la que se incluye una extensa colaboración periodística que pone de manifiesto el retrato de la España finisecular y su contexto social, causa y presencia de la capa bohemia.

UN DESEO: FLANEAR Y SOÑAR CON LO AZUL

La personalidad de Manuel Paso condicionó, sin duda alguna, toda su producción literaria. La primera consecuencia del desorden vital del granadino fue una gran despreocupación por recoger su obra creativa, que se encontraba dispersa entre las revistas literarias que frecuentó y distintas publicaciones periódicas populares a finales de siglo XIX en España. Definidas por Guillermo de Torre en su calidad de difuso propósito: «la “revista” acoge con preferencia los brotes que no siempre llegan a cuajar en libros, lo prematuro, lo íntimo, lo recóndito, los esquemas preformes de la obra» [Torre, 1969: XLV], sus palabras parecen asimilarse a la trayectoria vital del amigo poeta, muerto prematuramente a los 37 años de edad.

¹ Universidad Complutense de Madrid.

Fueron esas publicaciones el soporte elegido por Paso para difundir su pensamiento y una muy comprometida visión del entorno. La redacción de artículos de actualidad [véase la colaboración periodística como enviado a la guerra del Riff durante los años 1893-1894 para *La Correspondencia de España*] es común entre los escritores del momento, quienes encuentran en los rotativos un medio de ingreso económico y una solución a la difícil tarea de publicar en momentos de vaivenes políticos, cambios de gobierno y sus respectivas leyes de prensa llevadas a cabo durante la Restauración.

Manuel Paso Cano había nacido en Granada el 12 de abril de 1864, en la calle del Darrillo, 4, una casa alquilada en la que residían sus abuelos paternos Vicente Paso y Antonia González, junto a sus cuatro hermanos. En torno a 1883 se traslada toda la familia a Madrid, donde el ya poeta inicia sus estudios universitarios en la Universidad Central y donde compartió casa con su madre y hermanos.

A pesar de la distancia, Granada siempre permaneció en el corazón del joven, por lo que se ocupa de ella en uno de sus primeros relatos, «Martirio», donde rememora una tradición granadina y observa el mestizaje cultural vivido en la infancia como un gran tesoro nacional:

El barrio del Albaicín, famoso hoy por sus muchas leyendas, era por aquel entonces la parte aristocrática de la Granada morisca, así es que, a la llegada del ejército cristiano, los señores y ricoshomes tomaron para vivienda los palacios de los vencidos, palacios que más tarde fueron restaurados según las influencias y gustos de la época, conservándose aún en la actualidad casas mitad árabes mitad del Renacimiento [Paso, 1885: 387].

La narración de la leyenda andaluza sirve a Manuel Paso para introducir uno de sus personajes prototipo, *alter ego* del que será en el futuro su propia sombra, en la que ya se dibuja la pose bohemia: «Vióse también a más de un galán enamorado, cuando el día comenzaba a atardecer, irse a vagar por las riberas del Darro, y ya caída la noche, tornar melancólico y lloroso» [Paso, 1885: 387].

La incipiente vocación del joven le había llevado pronto a escribir en la prensa local, la hoja literaria del periódico granadino *El Universal*. El político Melchor Almagro Díaz había percibido la exquisita precisión de la escritura de Paso al describir los parajes naturales de la tierra y dibujar los perfiles personales que protagonizarán sus textos, por lo que quiso que dirigiera *La Tribuna*, periódico que había fundado para mantener la bandera posibilista en su comarca. Sin embargo, la escasa experiencia del joven aconsejaba esperar a que las colaboraciones le dotaran de mayor destreza literaria. Fueron años productivos, en torno a 1880, en que escribía también para *La Lealtad* y *El Defensor de Granada*, ambos periódicos locales, pero de mayor difusión nacional. Luis Seco de Lucena recuerda cómo este último, impulsado por José Genaro Villanova, salió a la luz gracias al trabajo de Manuel Paso durante el primer año:

Manuel Paso y Cano que muy joven fue el único que colaboró conmigo los años 1880 y 1881 en *El Defensor de Granada* revelando sus aptitudes de poeta y su nativa bondad. Su libro *Nieblas* es un manantial de inspiración [Seco de Lucena, 1941: 323].

Según el propio Paso, su entrada en el panorama literario había sido posible gracias a una falsa carta que había presentado a Manuel del Palacio, escrita por él, pero firmada por Adelardo López de Ayala, muerto en 1879, y firmada en «el Cielo, a cinco del mes de enero de 1884»:

Señor Don Manuel del Palacio
 Madrid:
 No por azar de la suerte,
 sino porque Dios lo quiso,
 en silencio y de improviso
 llegó a mi pecho la muerte,
 y hoy vivo en los resplandores
 de la bienaventuranza,
 donde es verdad la esperanza
 y son sueño los dolores.
 Aquí, tras las tempestades

en que se agita lo humano;
 limpio del sello liviano
 de miserias y maldades
 entera mi voluntad
 consagrada a la virtud,
 hallo en el golfo quietud
 y en las sombras claridad² [Paso, 1902: 151-155].

Los dos últimos versos ya anticipaban al lector el prototipo del poeta maldito, el ambiente del que gusta y el camino que emprende, así como la angustia vital que ya le oprime:

Quítale, por Dios, Manuel,
 esa angustia que le oprime,
 y háblale a Gasset y Artime
 sólo por mí, no por él.
 Es joven, se hace ilusiones,
 siente ya esos devaneos
 que comienzan en deseos
 y terminan en pasiones.
 Anhelando la victoria
 con ansias de trabajar,
 quiere bien pronto saciar
 los vanos sueños de gloria [Paso, 1902: 151-155].

En su llegada a Madrid, Campoamor elogia al escritor y en una velada celebrada en el Círculo de Bellas Artes de Madrid lo apadrina insistiendo en la valía de la producción poética del joven entusiasta:

² Continúa: «Yo a puerto de salvación / he arribado, y desde aquí / quiero que vaya hasta ti / una recomendación. / Quien a llevártela llega, / por su desgracia no advierte / que mal conoce la suerte / quien a la suerte se entrega. / Quizá escaso de aptitud, / pero con nobles alientos, / lidia con los pensamientos / vagos de la juventud. / Como de la nada sale / y en ese mundo se agita / ¡bien lo sabes! Necesita / del que puede y del que vale. / [...] Esta carta le dicté / a Paso, que te la lleva; / de tu bondad dale prueba, / quiere de ti no sé qué. / Seguro que no va mal / amparado de mi nombre, / Paso espera... no te asombre, / entrar en *El Imparcial*.»

El Sr. Paso parece, por sus pocos años, un principiante; pero sus versos están hechos de mano maestra. Tanto la leyenda titulada «El Pico de Muley Hacén», como sus rimas, en que ha imitado con fortuna a Bécquer, alcanzaron grandes aplausos, y convencieron a los que no le conocían, pues sus amigos están convencidos hace tiempo de que el Sr. Paso figurará antes de mucho entre los líricos más distinguidos del parnaso español [Anónimo, 1884: 1].

La presentación del escritor en público le abre las puertas de las más difundidas publicaciones madrileñas. Alberto Aguilera le nombra redactor en *El Norte* y, como bien pedía en su carta, Manuel Paso une a la anterior relación una colaboración en *El Imparcial*.

Las redacciones de estos periódicos reflejan en su momento el impulso que el siglo XIX dio a la difusión cultural, el auge de la ciencia y los manifiestos posicionamientos filosóficos que en su favor facilitaron el desarrollo de las ideas positivistas, plasmadas en la literatura a través del denominado «realismo». Esta tendencia artística traspasó el lenguaje periodístico para invadir el panorama literario español y los inéditos –aún– relatos de Manuel Paso.

La realidad española desfila entre las páginas de las cerca de sesenta colaboraciones periodísticas que, al modo de columna, se hacen eco de noticias recientes versionadas en relato literario. En ellos son protagonistas las capas más humildes y desfavorecidas de la sociedad, compañeras del bohemio, descritas con detalle, siempre acercando la penuria social al lector. Así ocurre en «La caja de mazapán»:

En la mitad de la sucia carretera que, como cinta de polvo, une y sujeta los dos villorrios de una de las comarcas más pobres de Andalucía, se alza la venta del señor Miguelico el Santo, famosísima de antiguo, no sólo por ser amparo de arrieros descaminados [...] Estar detrás del mostrador de una venta da justificados motivos, si no para faltar a lo que el decoro aconseja, al menos para no mirar con malos ojos y de continuo a esos hijos, icada cual de su madre!, unos rubios y otros morenos, cómo andan día y noche por esos caminos de Dios [Paso, 1890a: 406].

La cruda situación de la realidad española también había impregnado la poesía, transformando a menudo el lirismo romántico en sórdida descripción del deambular de figuras errantes. A estas se unieron los escritores noveles, que como el resto de la población contribuyeron al éxodo rural en busca de mejoras laborales.

La tertulia del Madrid decadente, el café compartido, la intelectualidad mendicante son foco de encuentro de la capa bohemia entre la que desfiló Manuel Paso, asiduo tertuliano, aunque pasivo interlocutor, en el café de Fornos:

Fornos

¡Ya verás cuando llegues a la Corte!

¡Ya verás! –me decían en mi pueblo...

–Irás a Fornos, el café de moda

donde acude la crema, lo selecto,

literatos, artistas, escritores...

¡La espuma del saber y del ingenio!–

Pero somos los chicos de provincia

bastante impresionables y, por eso,

al dejar mis montañas asturianas

una angustia cruel sentí en el pecho [Cadenas, 1901: 14].

Los bohemios madrileños, en su afán por cambiar el panorama literario encuentran en el café el escape a la vida burguesa que critican y que alguno de ellos abrazará al final de sus días. En su primer libro de poemas, *Nieblas* [1886], Manuel Paso recoge la renovación poética del modernismo, que ya se siente en las conversaciones y composiciones de los escritores españoles. La poesía se había labrado un lugar de preeminencia entre los bohemios y, a pesar de ser considerada un género en decadencia, junto a los aires literarios europeos en España se sigue ensalzando la poesía de Campoamor y Núñez de Arce, a Zorrilla como conservador de la tradición y a Manuel del Palacio, por su dicción fácil y castiza. El año 1886 también lo fue de novelas exitosas donde la realidad española deja clara huella de la dificultad que pre-

sentan algunas capas sociales: se publican *Fortunata y Jacinta* de Benito Pérez Galdós, *La Regenta*, de Clarín o *Los Pazos de Ulloa*, de Emilia Pardo Bazán.

En este contexto, la literatura de los jóvenes escritores bohemios aún el ensayo de las nuevas tendencias con el reconocimiento intertextual de los maestros y la herencia literaria de otros discípulos y críticos voceros de lo social. Es el caso del homenaje que Manuel Paso realiza a Mariano José de Larra en «Una noche con Fígaro», donde la escena carnavalesca es muestra del encuentro festivo que enmascara la realidad madrileña:

¿Qué hora dices que es? ¿La madrugada? Pues vamos, Fígaro, vamos al salón antes que amanezca y las máscaras se pongan la careta.

¡Bravo! ¡Así! Mira ahora a las gentes tales como son. ¡Música, maestro, música! ¡Soberbio!

¡Mira cómo se balancean esos cuerpos en ridículas y voluptuosas contorsiones!

¡Míralos a todos! Ve esos ojos, enrojecidos por el alcohol y medio eclipsados por el deseo.

¡Música, maestro, música!

¡Oh, gran apoteosis del amor!

Los átomos de luz voltean encendidos en el aire; la orquesta lanza en mil notas una melodía dulcísima; los rostros se encienden; los ojos se avivan; los cuerpos, nerviosos y calenturientos, se precipitan en el torbellino del vals; los labios, encendidos por el bermellón, toman al desteñirse un color violáceo; tras el rojo postizo que cubre las mejillas aparece la palidez vengadora de la anémica, y tras el corsé, que tapa la percalina y adornan las flores de trapo, laten los corazones con el impulso de la fiebre.

¡Oh, gran apoteosis del amor!

¡Maestro, música! ¡Otra! ¡Que se repita!

Dame más vino, Fígaro; quiero yo también quitarme esta noche la careta.

¡Míralos ahora a todos tales como son!

La doncella que mañana se ruborizará de cualquier cosa, mírala abrazada a aquel tipo.

Mírala sin careta.

¿Ves a aquel viejo que va con aquella niña? ¡Pues es un abogado; mañana asistirá, grave y circunspecto, a los tribunales de justicia, y hablará con

grande erudición de los principios de la moral eterna!
¡Magnífico! [Paso, 1891: 1].

Madrid es en este momento una ciudad en desarrollo con buena salud; así lo atestigua *Heraldo de Madrid* en 1890:

Hoy Madrid sostiene veinte teatros, hoteles elegantes, puebla lo que eran tierras de pan llevar, la enseñanza se ha multiplicado, se publican 241 periódicos, la beneficencia aumenta; se principia, nada más que se principia a procurar que Madrid sea una población higiénica: los centros intelectuales se multiplican prodigiosamente, el obrero se educa, y en una palabra, el Madrid de 1890 no parece hijo, sino nieto del de 1855... [Anónimo, 1890: 1].

Ese mismo año 1890, se había celebrado por primera vez la fiesta del 1 de mayo y la bandera socialista acompaña reuniones, campañas y actos culturales, a los que Paso acude junto a otros escritores. Comparte estímulos literarios, se ha familiarizado con la capital y la vida urbana y los diarios en que publica le afianzan en la observación de una sociedad sufriente, sobre la que escribe desde su, en cierta medida, posición de artista incomprendido. Lo hace durante los años 1890 y 1891 en el diario *El Resumen*, con una serie de cuentos cuyos protagonistas son sus compañeros de vida, gente común con historias desgraciadas que ejemplifican la verdadera realidad social de la España finisecular. Desde «Toñuela» [10-VIII-1890] a «La virgen eléctrica» [23-VIII-1891] se publica una decena de textos que oscilan entre el relato costumbrista y la denuncia social, la noticia informativa o el relato de ciencia-ficción³.

La «Nueva España», progresista y rebelde, convivirá durante algún tiempo con la más tradicional; «Republiquilla y P. Angélico» ejemplifica con sus dos personajes la convivencia de ambas posturas:

³ Hay que añadir el numeroso número de colaboraciones que con el pseudónimo de «El alguacil Valenzuela» se recogen en la misma publicación [Murillo Rubio, 2013].

Cuando *Republiquilla* entró de pupilo en casa de doña Matilde, hizo colocar en el comedor un retrato del general Espartero.

–¡Oh gran hombre! ¡Oh santo varón! exclamaba ante el retrato del general. Vino después el padre Angélico y puso en el mismo aposento una magnífica estampa de la Purísima Concepción.

Doña Matilde, la dueña, creyendo sin duda que aquel decorado era incompleto, colgó de las paredes unos cuadros que heredó de sus padres y que representaban la historia de *Roger de Flor*, y, por último, como muestra de su habilidad un perro de lanas bordado en cañamazo, con un letrero abajo, en el que se leía: *Hecho por Matilde López*.

De esta simbólica manera estaban representadas en el comedor la religión católica, la idea del progreso y la gracia femenina de doña Matilde, en forma de perro. La hora de los postres, o mejor dicho, la hora del poco postre, era la *hora tremenda de las tempestades*.

¡Qué indignación la de *Republiquilla*!

¡Qué paciencia la del padre Angélico!

Si terco y descreído era el viejo demagogo, la resistencia pasiva del anciano sacerdote ocasionó más de una vez gravísimos disturbios [Paso, 1890b: 1].

La conexión de Manuel Paso con la política del momento le había llevado a la dirección del periódico local de Alcoy, *El Serpis*, durante 1890. Canalejas le había enviado para disponer en la zona de un afín a su política que pudiera difundir los ideales progresistas. A su vuelta a Madrid, volverá a combinar amistades y aficiones y, en este caso, a colaborar con publicaciones más progresistas. Es el caso de *La Correspondencia de España*, periódico vespertino de gran tirada que le permitió asistir en primer plano a los acontecimientos inminentes de guerra en el Riff [1893]. Desde allí escribe unos artículos que demuestran el interés del poeta en la lucha humana por la supervivencia y las difíciles condiciones de vida de los soldados españoles. No es ajena su escritura tampoco al ambiente que le rodea y construye un extenso relato sobre las costumbres de los pueblos del norte de África. Junto a la narración de los bombardeos, Paso vuelve a recrear el escenario bohemio desde Melilla:

La vida del campamento es para los que, como yo, jamás anduvimos en tales lances, una maravillosa novedad, que ensancha el corazón y cautiva los sentidos.

Los vientos templados del mar y los vientos libres de las sierras africanas parecen suavizar nuestras actuales desgracias, e infundir en nuestras venas juveniles alientos vitales y encender nuestra sangre para que la encuentre el plomo enemigo más que nunca generosa y purificada.

Largo rato anduve ayer vagando de tienda en tienda. En unas hallé amigos de la infancia, que cariñosos me abrazaban, en otras oficiales a quienes conocí en Fornos o en el teatro [Paso, 1893: 1].

La trayectoria periodística de Manuel Paso nutre al escritor de un material humano excelente, fuente de la que beberán sus personajes literarios con los que el poeta bohemio se identifica, ambos son fruto del ambiente decadente del contexto cultural finisecular. *La Democracia Social*, diario político, órgano del partido democrático socialista fundado por Joaquín Dicenta junto a Paso, fue uno de los voceros de estas ideas progresistas. La participación en el rotativo puso a Paso en contacto con Rafel Delorme, precursor del marxismo en España, y con Félix Limendoux, con quienes compartirá en Madrid una buhardilla en la calle de Arlabán. Manuel Paso va completando su perfil bohemio; poco parece que le quedaba para definir su figura. Joaquín Dicenta describe con esmero la estética bohemia que compartían los colegas de profesión:

Mi trajeo era entonces fantástico. A más del chaqué, que fue negro y a puro uso se tornó verde, llevaba un chaleco azul con motas encarnadas, y unos pantalones a cuadros y a zurcidos. Añádanse a esto unas botas de caza y el sombrero de copa y tendrán exacta idea de cómo vestía el director de *La Democracia Social*. Poco más o menos, los redactores vestían y vivían por el estilo [Dicenta, 1909: 14].

Realiza una disección perfecta de cada uno de sus amigos y compañeros literarios, todos bohemios, todos desarmados por una desbara-

tada vida que el cambio de siglo hizo posible, frente a una clase burguesa que les reconoció el mérito literario y en muchas ocasiones ayudó a sustentar. El amigo perfila aún más el semblante bohemio en la figura de Manuel Paso:

La indumentaria le traía perfectamente sin cuidado; el personal aseo lo mismo. Largo y enmarañado el pelo, deshechos el bigote y barba, crecidas las uñas, sucio el traje y calzados los pies por sendos zapatones de tela, iba por esas calles sin preocuparse del qué dirán. Su alimentación era un pretexto para evitar motines del estómago; su domicilio otro pretexto para hacerse tarjetas [Dicenta, 1909: 9].

Con semejante desarreglo y descuido son descritos los personajes del granadino en «Amor eterno»:

Rodrigo Díaz era, seguramente, un artista de envidiable mérito y de excepcionales condiciones, capaz el mejor día de entrar por derecho propio en el templo de la inmortalidad. [...]

Díaz no poseía más bienes que el equipaje de sus entusiasmos: equipaje que, vendido a buen precio, no lo hubiera tomado, ni aun de balde, el más compasivo de todos los traperos de la Villa [Paso, 1898a: 414].

El mismo Paso se había descrito fiel a su propio perfil bohemio:

Tengo una mala costumbre,
que francamente confieso,
Y es que me levanto tarde,
ique paso el día en el lecho! [Paso, 1892: 335].

Son años de una intensa experiencia vital y profusa producción literaria que ha de contemplarse desde la noticia de su extensa obra en prosa⁴, imprescindible para definir el perfil de bohemio que acompa-

⁴ No se dispone de estudios críticos sobre ella, tan solo la labor de recopilación realizada por Murillo [2013].

ña su poesía. Su círculo intelectual es amplio y los sucesivos trabajos periodísticos le permiten subsistir, a pesar de una ya inevitable relación con el alcohol que acabó por mermar su salud. Publica en *Gil Blas*, *Blanco y Negro* y *El Nacional* y sale al panorama literario bajo su dirección una revista, *La Pecera*, que la crítica, de igual modo, ha obviado hasta el momento. Explica en sus primeras páginas la elección del título:

Hace ya algunos años que la mayoría de los hombres que son hoy orgullo y gala de nuestra literatura solían reunirse a diario en un rincón del café de Fornos. Este rincón fue bautizado con el apodo de *La Pecera*, y aquellos besugos, congrios y percebes lograron en poco tiempo convertirse merced a su indiscutible y propio valimiento en subsecretarios, diputados, directores de periódicos, notables escritores y no menos celebrados poetas. Estos peces dejaron la piscina y, aborto de ovas y lamas, se lanzaron a la mar salada [Paso, 1895a: 1-2].

La revista recoge las colaboraciones de la nutrida bohemia madrileña, los amigos de tertulia y café. El encuentro literario primero se denominó «La Pelma», después «La Pecera». La formaban el general Esteban, Iglesias, Manuel Paso, Catarineu, Balsa de la Vega, Palomero, Celso Lucio, Limendoux, Villegas, Larrubiera, Muñoz de Quevedo, Gabaldón, Puebla, Ricardo Fuente, Canalejas, Luis París, Capella, Félix Méndez, Mota, Luis Pardo, Feijóo, Rojas, Casado, Brissa, Delorme, entre otros. La dirección de la revista da un impulso al poeta, quien definitivamente es reconocido por lectores y compañeros de profesión. Tuvo un tono distendido y agradable, nada combativo ni polémico, aunque corrió paralela a la escritura denunciante referida. En este camino, en el que va de la mano de Joaquín Dicenta, amigo personal y considerado durante tiempo iniciador del teatro social con su melodrama *Juan José*, continúa su andadura en otras publicaciones de marcado carácter socialista como *Germinal* o *El País*. Así lo recoge Ernesto Bark al comienzo del capítulo V de *El Modernismo* al describir

a «La Joven España», en la que auguraba para Paso altos vuelos literarios [Bark, 1901: 66-67].

La falta de previsión y el ambiente bohemio de los participantes (Ernesto Bark, Ricardo Yesares, Ricardo Fuente, Miguel Sawa, Eduardo Zamacois, Luis París o Rafael Delorme) también acabó pronto con otro proyecto editorial, *La Democracia Social* («Diario popular republicano»), que apareció el 8 de abril de 1895, en un tercer piso de la calle del Pez y duró escasamente un mes. Se imprimieron apenas ocho números y terminó, según relata Joaquín Dicenta, a causa de dificultades económicas y falta de eco. Su génesis es el vivo retrato de la bohemia urbana:

Alguien –ignoro quién– dio dinero para alquilar el piso y las sillas y mesas imprescindibles a trabajos de administración y redacción. Llevé yo a la casa una media sillería de «reps» que, por vieja, desechara mi madre, y hétenos ya instalados y prontos a remover el mundo con la «poderosa palanca» [Dicenta, 1909: 14].

Manuel Paso publica en el número cuatro los versos más críticos de su poema «La media noche», pertenecientes a la estrofa V, en la conocida sección «Romancero de la blusa» y no pueden ser más definatorios de la capa bohemia:

La altiva cortesana se emborracha,
 triunfante de grandezas y dinero.
 ¡Incontrastable fuerza de la carne
 que no imagina dique a su deseo,
 ¡Yo te bendigo, fuerza vengadora,
 que hiciste igual al grande y al pequeño! [Paso, 1895b: 2]

En el escenario de las reivindicaciones sociales, la «razón social Dicenta-Paso» –como los llama Francisco Navarro y Ledesma [1898: 857]–, crean *Germinal*. Esta no es solamente una revista literaria: ya en su primer número aparece un programa de Francisco Macein

como proclama de derechos sociales. Manuel Aznar Soler la define como: «tribuna de una bohemia politizada que siente el arte como una forma de justicia social que no excluye la búsqueda de la belleza» [1981: 44].

Manuel Paso publicó en *Germinal* desde el número 4 [24-V-1897] al 24 [15-X-1897] y en ella se recogen sus escritos más críticos, como el poema «A Cristo». El perfil de los fundadores queda descrito por Joaquín Dicenta en carta al nuevo director, Eduardo Barriobero, en la nueva edición que aparece en septiembre de 1903:

Por méritos, no míos, de los ideales en el periódico sustentado, aquel *Germinal* que ostentó al pie de sus artículos la firma de... Picón..., de Dorado Montero, de Delorme, de Valle-Inclán, de Manuel Paso y de Jacinto Benavente, [...]

Aquel grupo de jóvenes indisciplinados y voluntariosos, que venían de puntos intelectuales y morales diversos... estos sostenían que el arte debería ser sacerdocio y no oficio; religión y no mercadería; aquellos predicaban la libertad de la cátedra y de la conciencia; cuales la abolición del capital; quienes la extirpación del clericalismo [Pérez de la Dehesa, 1970: 92].

La dispersión intelectual achacable a los bohemios no era justificable. Manuel Paso se preocupa por la escasa profundidad lectora y defiende estética y éticamente la escritura en «A Jacinto Octavio Picón» al modo de crítica burguesa:

Gentes rutinarias y ciegas para mirar el fondo y la esencia de las cosas, han creído hallar en los cuentos, novelas y escritos de Picón, propósitos de rebelión antiplacados y demolidores, sin adivinar que en el fondo de sus escritos palpita siempre un luminoso señalamiento hacia la luz, una provechosa enseñanza y un generoso instinto de piedad, por desgracia, malamente falseado por los moralistas de ocasión y de conveniencia [Paso, 1895c].

El grupo «Germinal» pasó a dirigir el periódico *El País* brevemente, acabándose el 2 de enero de 1898, tras el fracaso de la organización de

una huelga del sector de los ultramarinos. Manuel Paso publicó en él entre el 19-X-1897 y el 17-XII-1897. También el grupo formó parte de la redacción de la revista *La Vida Galante* [1898-1899], dirigida por Eduardo Zamacois. Si bien, esta nace con un talante bien diferente, caracterizada por un carácter festivo que no dista de los presupuestos ideológicos del grupo.

La intensa vida bohemia de Manuel Paso por la capital, inmerso en las turbulencias periodísticas y reivindicativas, fue mermando la escasa salud que había recobrado en 1896, cuando, invitado por el director de *El Heraldo de Baleares*, había viajado a las islas acompañado de su amigo Joaquín Dicenta. El relato de un breve renacer está descrito en *Idos y muertos*; una tarde, frente al mar de Mallorca, «recostados contra una peña, viendo cómo el crepúsculo violeta se iba desvaneciendo entre las olas grises» Manuel Paso resucitó, lanzando un grito de ayuda a su amigo:

¡Yo quiero vivir!... ¡Vivir mi vida, no esta vida miserable que arrastro!... Aún quedan en mi cerebro ideas; aún no se ha olvidado mi pluma de entregar al papel estrofas viriles; aún no es estéril la matriz donde germinaron mis versos. Ayúdame a renacer [Dicenta, 1909: 11].

Luis Bonafoux describía la situación del escritor finisecular como si estuviera retratando la pésima trayectoria vital del granadino:

Hay, sin embargo, en España un oficio más triste e improductivo que el de periodista a secas: el oficio de escritor periodista.

En España no hay periódicos en condiciones de hacer literatura. Es un quiero y no puedo, una periodística *soirée* de los martes de las de Gómez [Bonafoux, 1912: 7].

Del mismo modo Celso Lucio, al recordar los comienzos como redactores de *Madrid Cómic* junto al poeta Manuel Paso, añora el tiempo pasado y le dedica el siguiente poema:

Madrid Cómico a Manolito Paso
 ¿Si me acuerdo dices?
 ¡Vaya si me acuerdo!
 ¡Qué afán por la fama,
 qué envidia del genio,
 qué gran entusiasmo,
 qué poco dinero!
 Las penas... se ahogaban
 a fuerza de versos
 y a cada disgusto
 surgía un soneto [Lucio, 1899: 34].

El proletariado artístico bohemio arrastraba una precariedad económica que en numerosas ocasiones fue unida al consumo de distintas sustancias. En el caso de Manuel Paso, un voraz alcoholismo lo acompañó a lo largo de su vida y contribuyó a la pose literaria que el poema «Vino» recoge en honor a *Las flores del mal*:

¡Llena de vino el vaso! y en loca contradanza
 que bailen mientras tanto la pena y el placer,
 el vino me da siempre la dulce bienandanza
 que la razón codicia, pero jamás alcanza.
 Y el ser feliz es esto: ¡Beber y más beber!
 ¡Llena de vino el vaso! Con falsas alegrías
 quiero tejer la tela que vista mi dolor; [Paso, 1898b: 710].

Los continuos viajes por España y el deterioro personal acucian al poeta y la familia, pero el espíritu libre continúa un espinoso camino. Emprende un viaje urbano que recorre las arterias de la ciudad, de noche, cuando el hambre y el dolor desvela a los marginados. Lo suyo, dice Rogelio Reyes [1993], es andar, trasladarse. La vuelta física sobre sus propios pasos es paralela a las reiteraciones textuales del articulista, que insiste en la repetición de estructuras poéticas con el fin de producir la sensación de circularidad que el bohemio experimenta al encontrarse en un callejón sin salida:

Es media noche; la ciudad dormida
 Extingue ya sus bulliciosos ecos;
 Hora nefasta en que amanece el vicio
 Y torpes se levantan los deseos.
 La luz de los faroles en los charcos
 Que la lluvia formó, da sus reflejos;
 Cansados de beber en las tabernas,
 Ya borrachos, discuten los obreros.
 Las vendedoras del placer, detienen
 Al caminante que vacila ebrio,
 En los labios la torpe carcajada,
 Mostrando audaces el desnudo pecho,
 Encubren los estragos de la anemia
 Con falsas tintas de color de fuego [Paso, 1886: 29].

La noche es para Manuel Paso este mágico y espeluznante momento del día, ya lo recogía así en su más reproducida composición «La media noche», que tiene su correlato en «Las primeras caretas»:

Cuando se apagan las últimas luces del salón y terminan los postreros acordes de la orquesta, los cuerpos martirizados por la fatiga y los ojos enrojecidos por el alcohol, la gran bestia humana estira sus músculos cansados, lanza un formidable bostezo, y mira impasible el nuevo día que amanece allá en los lejanos bordes del Oriente [Paso, 1896b: 1].

El ambiente bohemio fue profusamente descrito por Pío Baroja en *Canciones del suburbio*, donde la Santa Bohemia en la que se encuentra Paso, junto a Alejandro Sawa y Ernesto Bark [Bark, 1913], había sido punto de encuentro de los bohemios de la ciudad:

Cuando el mísero escritor
 despierta al día temprano
 en el hospital inmundo
 donde yace abandonado,
 una serie de visiones
 se apodera de su ánimo,
 que en ocasiones le alegran

y otras más le dan espanto.
Vive una vida ficticia
en casinos y teatros,
en reuniones y cafés,
en escenarios y en palcos
se yerguen ante sus ojos
sus compañeros de antaño,
y le interpelan hablándole
con un brío extraordinario.
Ahí está Joaquín Dicenta
con Palomero y con Paso.
Luego aparecen los Sawas,
el Manuel y el Alejandro,
el uno un seudo Daudet,
el otro un farsante mago [Baroja, 2022: 265-266].

Hasta los últimos momentos la vida bohemia decoró los pasos del granadino; la muerte, siempre acechando, le granjeó una apuesta con otro periodista, Pepe Cuéllar, sobre quién de los dos moriría primero:

Hace mucho tiempo que yo me estoy muriendo. Hace mucho tiempo que se está muriendo Paso. Sus amigos y mis amigos, los amigos de ambos, piadosamente se empeñan en enterrarnos. Y aferrados a esta cruz de la vida, siempre que nos encontramos por la calle él me pregunta: ¿Cuándo se muere usted, Cuéllar? Y yo le pregunto: ¿Cuándo se muere usted, Paso? Ni él ni yo nos morimos, que es peor que si nos muriésemos. Anoche salí a buscarlo. Le encontré en cualquier parte; poco importa dónde. Pregunté una porción de cosas, y él, por toda contestación me daba la transcrita: ¿Estetas? ¿Delincuentes? ¿Satanistas? - ¡Sr. Cuéllar, estamos estafando a la humanidad! ¡O se muere usted, o me muero yo! [Cuéllar, 1898: 9]

Paso se sabe perteneciente a la turba literaria que fantasea con el dandismo y el malvivir y así lo reproduce en «Año nuevo»:

Es que hay algo dentro de nosotros que nos obliga a maldecir de la funesta realidad, erizada de espinas; es que queremos desenclavarnos de la cruz del

hastío de la que estamos pendientes; y de continuo y con zozobra suspiramos por aquellos lejanos ideales y por aquellos risueños celajes que las almas apenadas reclaman y que no logran alcanzar ni con la tenacidad de la esperanza ni con la divina languidez de los ensueños [Paso, 1896a: 1].

La repercusión de la figura del bohemio se ajusta tan claramente al prototipo, que José Fernando Dicenta se pregunta en *La Santa Bohemia* si no sabría Valle-Inclán la anécdota de ambos escritores, que al parecer era conocida, lo que sería motivo de inspiración para la escena decimotercera de *Luces de Bohemia*, cuando Don Latino, delante del cadáver frío de Max Estrella, dice reflexionando sobre cuál de los dos emprendería primero el viaje: «me ha vencido en esto, como en todo». El acercamiento del gallego al grupo Gente Nueva a su llegada a Madrid había puesto en contacto a ambos escritores, quienes también compartieron redacción en la prensa literaria⁵.

Katharina Niemeyer [1992] argumenta que el poeta abandona al final de su vida la bohemia, queriendo agenciarse una vida más cómoda como la que disfrutaba la criticada burguesía y acepta las normas estético-poéticas de la Restauración. De este modo, la autora rescata a los poetas premodernistas de su influencia postromántica y los sitúa junto a la nueva sensibilidad literaria que acompañó a la amplia nómina de bohemios españoles:

⁵ Más palabras de Pepe Cuéllar alimentan la fama de bohemio del autor granadino: «Estamos en época de postrimerías y de ocasos. Con Martos acabó la raza de los tribunos, con Zorrilla murieron los trovadores, con Paso termina una bohemia gloriosa. Paso es el último y el único gran bohemio español. Si Castelar, según la frase de Burrell, puede pasear por el Ágora del brazo de Demóstenes, Paso podía llevar de la mano a Verlaine a través de las revueltas calles del viejo barrio de Montmartre. Ya no hay bohemios; los escritores todos, o son burgueses o pretendemos serlo. La vida desordenada y espiritual no la practica nadie. Tenemos nuestras horas de hacer arte, como el empleado las suyas de oficinas. Sólo Manolo Paso estira la espiritualidad de su pereza por las calles, llevando la carga de la vida con paciencia fatalista, sin protestar jamás, riendo de todos y de todo, siendo el amigo universal, complaciente y sencillo, dejando deslizarse la existencia con el eterno propósito de escribir todos los días un poema, que tiene pensado y que no escribirá nunca» [Cuéllar, 1898: 9].

Desde el punto de vista de las intenciones comunicativas, los poemas «pre-modernistas» ejemplifican respectivamente una de las tres posibilidades de intencionalidad convencionales en su tiempo y consagradas por las normas estético-poéticas: la del compromiso extraestético, la de la realización desinteresada de belleza y, tercero, la de la desinteresada expresión subjetiva. Los poemas transmiten estas intenciones realizando rasgos específicos de contenido y de expresión que son proporcionados casi sin excepción por el código literario-poético vigente [Niemeyer, 1992: 61].

Sin embargo, tanto su trayectoria vital como su reflejo en las obras citadas confirma la inclusión del granadino dentro de los parámetros de la bohemia literaria finisecular, ejemplificando en su vida y obra una indiscutible definición de su condición literaria. Así lo declararon sus colegas de profesión:

Saliendo de entre las sábanas equívocas de su camastro, al fulgor luminoso del candilón, moribundo, famélico y denotado, era más bien la alegoría espeluznante de la bohemia matritense. La historia de Forondo es una novela ejemplar para aviso de los jóvenes portaliras que sueñan en su rincón provinciano con la musa trágica de Verlaine, de Manuel Paso y de Alejandro Sawa, estos grandes mártires de la religión de la literatura [Carrere, 1918: 85-86].

La singularidad de la bohemia española, presente en los citados artículos de Manuel Paso, se produjo con la convivencia del nuevo estilo modernista junto a la herencia costumbrista precedente:

La capa bohemia supo las gallardías de Espronceda en su buena época romántica, antes de destrozar su leyenda con aquel fementido discurso sobre las lanas... Pelayo del Castillo, Eduardo del Palacio, Manuel Paso, Pedro Barrantes, sabían del encanto de la capa bohemia, que entre nosotros tiene también el desgaire de la capa manolesca [Carrere, 1918: 163-164].

Esta simbiosis también queda explicitada en «Notas granadinas»; el poeta vuelve los ojos a su tierra natal:

Contemplando el retrato de la hija de la condesa de Montijo, cualquiera diría que aquella mujer andaluza de pura raza se aburriría de pena en los atildados jardines de Versalles, soñando con aires de pura libertad, deseando escalar los flancos verdinegros de las desquebrajadas sierras alpujareñas en busca de ambientes más puros que los que se respiraban en el palacio del segundo y desdichado Emperador.

¡La Alhambra y Versalles! Qué hermoso paralelo trazado con líneas de luz [Paso, 1896c: 1].

El abandono vital del escritor es relatado por Joaquín Dicenta al llegar el momento de la muerte, oportunamente, cuando escribía el drama *Aurora*:

Víctima del alcoholismo y la tuberculosis Paso se suicidó. Perezoso en todo hasta suicidarse, lo fue, encargando al alcohol lo que otro hubiese encargado a un revólver. La apatía de su ánimo nos ha privado de más textos. Su pluma escribía lo imprescindible para conseguir el dinero con que comer diariamente [Dicenta, 1909: 8].

El recorrido bohemio también fue realizado por la comitiva del entierro, al que acudieron numerosas personalidades y del que se hizo eco la mayoría de los diarios de la época:

Y formaban el fúnebre cortejo casi todos los literatos, artistas, actores y autores dramáticos, periodistas y poetas de más fama, cerca de trescientas personas de reconocido talento, [...]

Durante el trayecto, la gente se agolpaba en las calles a demostrar sus simpatías al autor de *Nieblas*.

Al llegar al teatro de Parish hizo alto la fúnebre comitiva, y a los acordes de la marcha de Curro Vargas, desde los balcones, todas las actrices arrojaron un verdadero diluvio de flores sobre el féretro.

En Pardiñas se despidió el duelo, pero siguieron hasta el cementerio del Este más de cien personas, y el cuerpo del poeta cayó en la abierta fosa, y sobre ésta se arrojaron las implacables paletadas de tierra, entre rumor general de sollozos mal contenidos [Anónimo, 1901: 1].

Manuel Paso fue consciente del deambular bohemio, como su propia obra literaria, de una publicación a otra en búsqueda de una mejora vital. Así lo escribe en «Nieve»:

Estímulo y regocijo de la gente moza que a falta de mejor ocupación anda por calles y plazas desafiando a las pulmonías y mirando y remirando con cien ojos los volantes de las enaguas más blancas aún que la nieve que cae; volantes guardadores de otra nieve más codiciada!

Para los espíritus poéticos, la nieve que cae, amén de ser el símbolo de la pureza, es el símbolo misterioso y tremendo del frío y de la ancianidad, ide la muerte misma! con todas sus inapelables catástrofes [Paso, 1895d: 1].

Fueron «Años de miseria y risa», como titula Eduardo Zamacois el volumen que recoge su experiencia bohemia [1916]. «El último capítulo de su vida» lo protagoniza la relevante figura de Manuel Paso como poeta reconocido y la tropelía sentimental de un amigo de ambos.

Admirado en vida, hoy el solitario poeta descansa olvidado de la crítica y los lectores. Su ciudad natal le dedicó una calle de escaso tránsito situada entre Puente de la Virgen y el Humilladero. Él mismo, ante la tumba de Bécquer había escrito años antes su propio epitafio en «Luces y flores»:

¡Bécquer!

Tal como nos lo había escrito el insigne poeta, allí reposa encajonado, isoñaba con que lo enterraran en una fosa humilde en las alegres riberas del Guadalquivir, sin más adorno que los álamos blancos y el festón de mimbrales de la orilla!

¡La muerte, que pérfida lo acechaba, lo recogió al comenzar la vida! ¡La sociedad le negó después de muerto su último sueño de poeta!

Ninguna campana le llora hoy; ninguna luz le alumbrá; ninguna mano limpiará el polvo de su olvidada tumba. Si algunos de vosotros os encontráis mañana frente a su sepultura, decid como él: ¡Dios mío, qué solos /se quedan los muertos! [Paso, 1887: 1].

CONCLUSIONES

La figura bohemia del autor Manuel Paso Cano había sido descrita, incluida y estudiada en la extensa bibliografía que sobre el contexto finisecular se ha escrito. Se conocía su obra poética, que refuerza la condición bohemia del autor, pero no se disponía de un acercamiento a la obra en prosa, aún sin estudiar. Hemos podido comprobar cómo las colaboraciones periodísticas de Manuel Paso, entre las que se incluyen textos cercanos al relato, manifiestan la clara conciencia del autor sobre su vida y obra y completan su perfil bohemio.

BIBLIOGRAFÍA

- ANÓNIMO (1901): «Entierro de Manuel Paso», *El Nacional*, [22-II].
 ____ (1890): *El Heraldo de Madrid*, [6-11].
 ____ (1884): *El Cronista*, [31-03].
 AZNAR SOLER, Manuel (1981): «Nieblas de Manuel Paso», *La bohemia literaria española durante el modernismo*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1385-1420.
 BARK, Ernesto (1913): *La Santa Bohemia*, Madrid, Biblioteca Germinal.
 ____ (1901): *Modernismo*, Madrid, Biblioteca Germinal.
 BAROJA, Pío (2022): *Canciones del suburbio*, Madrid, Cátedra.
 BONAFoux, Luis (1912): *Casi Críticas*, París, Sociedad de ediciones literarias y artísticas.
 CADENAS, Juan José (1901): «Melancolías de la venida a la corte», *Álbum Salón*, 14.
 CARRERE, Emilio (1918): «Elegía de un hombre inverosímil», *La Copa de Verlaine*, Madrid, Fortanet, 141.
 CUÉLLAR, José de (1898): «Ideas y palabras. (Conversaciones libres)», *La España Artística*, (24-IV-1898), 9-10.
 DICENTA, Joaquín (1909): *Idos y muertos*, Madrid, Serie *Los Contemporáneos*, 31 (10-IX-1909).
 LUCIO Y LÓPEZ, Celso (1899): «Madrid Cómico a Manolito Paso», *Madrid Cómico* 5 (4-XI-1899), 34.
 MURILLO RUBIO, Juana (2013): *La poesía de Manuel Paso Cano (Granada)*,

- 1964-Madrid, 1901), Tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid.
- NAVARRO Y LEDESMA, Francisco (1898): «Éxitos teatrales. Curro Vargas», *La Revista Moderna*, 94 [17-12], 857.
- NIEMEYER, Katharina (1992): *La poesía del premodernismo español*, Madrid, CSIC.
- PASO, Manuel, (1902): *Nieblas*, Madrid, R. Velasco.
- ____ (1898a): «Amor eterno», *La Revista Moderna* 66 [4-VI], 414-415.
- ____ (1898b): «Vino», *La Revista Moderna* 85 [15-X], 710.
- ____ (1896a): «Año nuevo», *El Nacional* [01-01].
- ____ (1896b): «Las primeras caretas», *El Nacional* [13-01].
- ____ (1896c): «Notas granadinas», *El Nacional* [16-06].
- ____ (1895a): «Nadie pase sin hablar al portero», *La Pecera* I [10-04], 1-2.
- ____ (1895b): «La Media Noche», *La Democracia Social*, 4 [11-04], 2.
- ____ (1895c): «A Jacinto Octavio Picón», *El Nacional* 624 [17-12].
- ____ (1895d): «Nieve», *El Nacional*, 626 [19-12].
- ____ (1893): «Cartas de Melilla», *La Correspondencia de España* [20-11].
- ____ (1892): «A las señoritas», *Blanco y Negro* 55 [22-V], 335.
- ____ (1891): «Una noche con Fígaro», *Heraldo de Madrid*, 105 [11-02], 1.
- ____ (1890a): «La caja de mazapán», *Heraldo de Madrid*, 58 [26-XII], 1.
- ____ (1890b): «Repuliquilla y el padre Angélico», *El Resumen*, [15-X].
- ____ (1887): «Luces y flores», A la memoria de Bécquer, *El Resumen* [01-XI].
- ____ (1886): *Nieblas*, Madrid, P. Núñez.
- ____ (1885): «Martirio», *El Nacional*, 129, [20-VI], 387 y 130, [27-VI], 406 y 407.
- PÉREZ DE LA DEHESA, Rafael (1970): *El grupo Germinal: una clave del 98*, Madrid, Taurus.
- REYES CANO, Rogelio (1993): «Viaje y literatura en el fin de siglo español: el viaje urbano de los bohemios», *Bohemia y Literatura. De Bécquer al Modernismo*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 146, 89-131.
- SECO DE LUCENA, Luis (1941): *Mis memorias de Granada (1857-1933)*, Granada, Imprenta Luis F. Piñar.
- TORRE, Guillermo de (1969): *Del 98 al Barroco*, Madrid, Gredos.
- ZAMACOIS, Eduardo (1916): «El último éxito amoroso de Manuel Paso», *Años de miseria y de risa*, Madrid, (N. Rico), 215-223.

